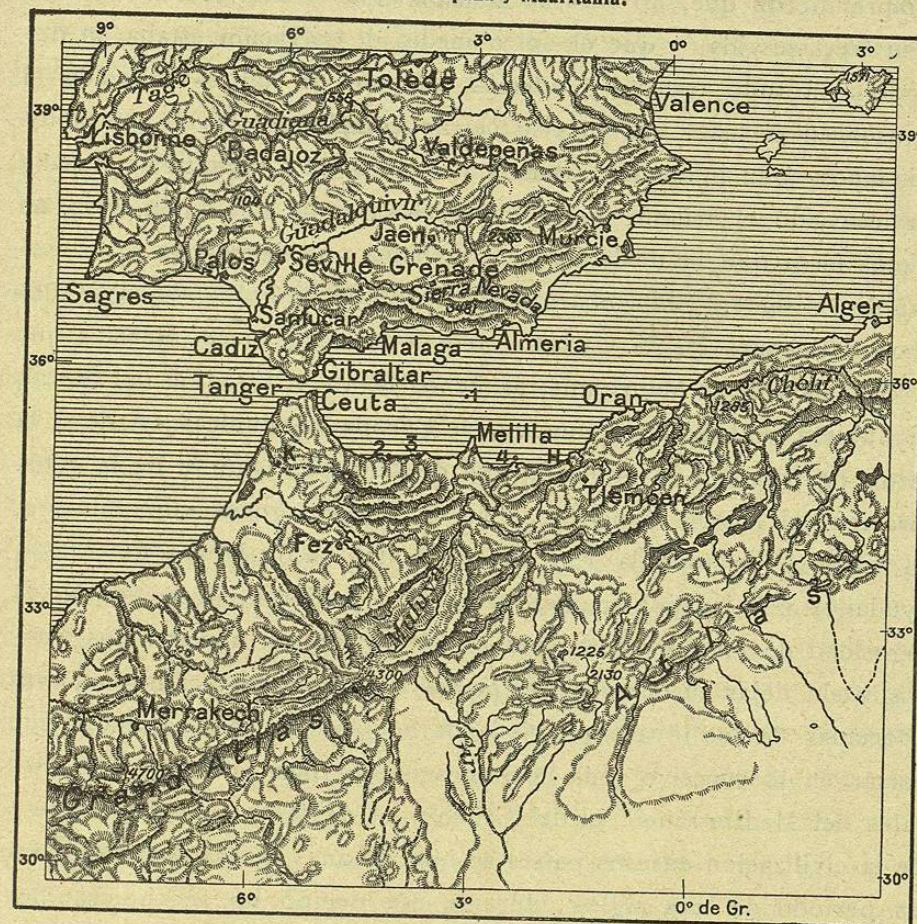


grandes tesoros en aquellas conquistas lejanas y de resultados todavía dudosos. Asimismo no se comprometían sino con prudencia sobre el litoral de África, cuyo interior les era vagamente conocido; pero, muy ávidos de las riquezas que veían á su alcance, cayeron sobre las islas del Mediterráneo y sobre la Italia meridional: por ese lado entraron á fondo, no ya por afición á las aventuras y por placer, como los Franceses de Carlos VIII, sino como gentes prácticas, muy decididos á conservar las ricas comarcas cuya posesión habían adquirido. Entre las casas reales de diverso origen que se han sucedido en el dominio de Nápoles, no ha habido una que superase en solidez á la de Aragón: creía en su fuerza. En Nápoles, el rey Ferrante era un dueño absoluto, un verdadero rey-sol, más rudo, mas trágico, menos majestuoso, es cierto, que lo fué después Luis XIV. «Creemos en un solo Dios en su gloria, no vemos más que un sol en los cielos y adoramos un rey en la tierra», decía Giuniano Maio en su libro *De Majestate*.

Y ese orgullo español, á la vez aragonés y castellano, parecía justificado por el éxito y por ese valor militar á que en época de turbulencias suele concederse la mayor importancia. Donde quiera se presentaba la sólida infantería española obtenía la victoria. La guerra, acompañada de la crueldad y del ansia de rapiña, había entrado en la sangre de los vencedores del Islam; pero las victorias se compran, no sólo con la desgracia de los vencidos, sino también por el retroceso moral y material de los triunfadores. Vióse un ejemplo notable de ello en todas las comarcas que baña el Mediterráneo occidental. Antes de las agresiones españolas, cuando la Mauritania no tenía más habitantes que indígenas bereberes é invasores árabes, los Europeos vivían allí en paz y el derecho de gentes era respetado. Existían tratados regulares entre las comunidades de las dos riberas opuestas; se habían establecido colonias de mercaderes en las ciudades moras, las personas y los bienes se habían conservado y respetado, y hasta el cristiano extranjero tenía el derecho de edificar iglesias al lado de las mezquitas. Los soberanos de la Mauritania, especialmente los reyes de Tlemcen, tenían á su servicio milicias cristianas: durante tres siglos, hasta el final del xv el vaivén se hacía libremente desde Provenza é Italia á toda la costa

berberisca y á las ciudades del interior. Las galeras venecianas, llamadas «de Berbería», partían regularmente del Lido en la segunda

N.º 374. España y Mauritania.



1: 10 000 000
0 100 250 500 Kil.

Posesiones españolas en Mauritania (Presidios): Ceuta, — isla de Alborán (1), — Peñón de Vélez de la Gomera (2), — isla y bahía de Alhucemas (3), — Melilla, — isla Chafarinas (4).
H: Honein, puerto de Tlemcen. — K: Kazar el Kebir, derrota en 1578 del rey Sebastián de Portugal.

quincena de Julio, hacían escala en Siracusa, Trípoli, Djerba, Túnez, Bujía, Argel, Orán, para terminar su viaje en Honein, ciudad actualmente destruída, que servía de escala á Tlemcen¹.

¹ La Mas-Latrie, *Traité de Paix et de Commerce*.

Pero cuando en 1509 el rey Fernando, el conquistador astuto, hubo hecho desembarcar soldados y misioneros sobre la costa de África y entró en Orán, todo cambió por completo. Los musulmanes comprendieron que, no sólo se atacaba á su territorio, sino también á su fe, á su vida, y que el único medio de salvación estaba en defenderse á todo trance, y además, después de haber rechazado al invasor en el mar, era preciso cerrar completamente el país á los cristianos, á su influencia, hasta á su tráfico. La victoria de España hubiese sido el triunfo de la Inquisición, y de una Inquisición no menos feroz que la de la lepra y la llama que devoraban á los Españoles mismos. Sin embargo, los ejércitos de Fernando el «Católico» y después los de Carlos V tenían tan gran fuerza ofensiva que la conquista de la Mauritania, al menos de toda la región del litoral, se hubiera realizado ciertamente, si Europa no hubiese estado á la sazón ocupada en la gran empresa de la exploración y de la colonización del Nuevo Mundo y sobre todo en sus guerras de ambición, en Italia y en toda la Europa occidental. Los Moros de África, ayudados por las poblaciones bereberes, pudieron, pues, resistir la ferosidad de los conquistadores españoles, no sin apelar á los Turcos y sin dejar sus puertos en manos de los piratas. Las tentativas abortadas de los invasores cristianos no tuvieron más resultado que cortar en lo sucesivo toda comunicación pacífica entre los dos litorales del Mediterráneo, el del Cristo y el de Mahoma. El retroceso de la civilización en esos países se hizo de una manera completa para un período de tres siglos: durante ese tiempo no se supieron los acontecimientos ocurridos en el país enemigo de una parte y de otra más que por mediación de los prisioneros reducidos á esclavitud. Verdad es que los Españoles habían podido sostenerse aparentemente sobre la tierra africana, fortificando la ciudad de Orán con una cintura de murallas y de poderosas obras militares; pero se hallaban encerrados en aquel gran cuartel, como lo están actualmente en Ceuta, en Melilla y en sus otros presidios de la costa marroquí: no osaban salir de sus puertas, porque fuera de ellas cada mata ocultaba un enemigo.

Pero ese fracaso de los Españoles al otro lado del mar azul permaneció ignorado ó al menos inexplicado y misterioso, perdido en

el brillo deslumbrador de las victorias. La transformación política de España en ese corto período podía, en efecto, ser considerada como una sucesión de prodigios. Ninguna razón sana hubiera podido prever semejantes acontecimientos. ¿Cómo un pequeño rey de Aragón y una pobre reina de Castilla, personajes secundarios entre los soberanos de Europa, pudieron llevar á término una obra en que los cristianos de España se habían empeñado durante setecientos años? Y esta obra la terminaron por completo, constituyendo la unidad política de los antiguos reinos, y añadiendo á ese núcleo peninsular toda una multitud de ducados, de condados, de señoríos, de ciudades llamadas «libres»; y después surge un nuevo mundo más allá de los Océanos, y ese mundo además se le atribuye España y realiza su conquista: unas bandas compuestas á lo más de algunos centenares de Españoles, se lanzaban casi al azar á través de los países desconocidos, entre millones de hombres que hubieran podido ser amigos, pero á quienes se hacía enemigos por la práctica de violencias y de brutalidades inauditas: seguros de su victoria, aunque privados de toda comunicación con la madre patria, iban siempre adelante, viendo distintamente la virgen María, Santiago de Compostela y otros dignatarios celestiales que acudían para tomar parte en el degüello de los infieles. No era, pues, extraño que, así protegidos por el cielo, tuviesen además los Españoles, por una maravillosa coyuntura de los astros, la suerte de ver su rey, casi un niño, ceñir su cabeza con la corona del «Santo Imperio Romano» que habían gobernado César y Carlomagno. Nada parecía ya imposible: la monarquía universal, imagen terrestre del infinito reino de los cielos, parecía hallarse ya en vísperas de extenderse sobre el mundo.

Y sin embargo, por una punzante ironía de las cosas, España, llegada á la hegemonía de Europa, se hallaba en plena decadencia: los mismos medios por los cuales se había realizado su elevación eran los que debían producir su irremediable caída. La historia detallada del siglo XVI demuestra cómo España, cogida en el engranaje de los acontecimientos humanos, se vió absolutamente incapaz de resolver los problemas de la Naturaleza, industriales, económicos,

intelectuales y morales que se presentaban á los hombres, y cómo, con toda la apariencia de la fuerza, cayó lamentablemente en la impotencia absoluta, debido á que en ese país se había agotado el manantial de toda fuerza: la libertad individual y la autonomía comunal habían desaparecido.



REFORMA Y COMPAÑÍA DE JESÚS

Noticia histórica

PAPAS. Los principales pontífices contemporáneos del Renacimiento y de la Reforma fueron Pío II (1458-1464), Pablo II, Sixto IV (1471-1484), Inocente VIII, Alejandro VI Borgia (1492-1503), el enérgico Julio II de la Rovere, León X (1513-1522), Clemente VIII y Pablo III Farnesio (1534-1550), que reunió el concilio de Trento. Citemos además Pío V (1566-1572) y Sixto V (1585-1590).

FRANCIA. A la muerte de Francisco I en 1547, subió al trono su hijo Enrique II; bajo su reinado Toul, Verdun y Metz fueron incorporadas á Francia y reconquistada Calais, á pesar de la derrota de San Quintín (1557). Sus tres hijos, los últimos Valois, le sucedieron: Francisco II, 1559-1560, Carlos IX, que murió en 1574, y Enrique III, asesinado en 1589, algunos meses después del duque de Guisa. Los últimos Valois presidieron las guerras de religión que, comenzando en 1562 por la matanza de Vassy, duraron hasta el edicto de Nantes en 1598 y de las cuales la de San Bartolomé fué el episodio más conocido (24 Agosto 1572).

IMPERIO. Carlos V abdicó en 1556 y murió en 1558; los príncipes electores eligieron como emperador á su hermano Fernando, ya rey de Bohemia. Fué seguido en línea directa, por el tolerante Maximiliano II (1564-1576) y por Rodolfo (1576-1612). Sobre el trono de España, á Felipe II (1556-1598) sucedieron Felipe III, Felipe IV (1621-1665) y Carlos II que murió en 1700.

PORTUGAL. Su rey Sebastián pereció en Marruecos, y le sucedió un anciano, el cardenal Enrique (1578-1580); á su muerte tomó España posesión del país, pero recobró su independencia en 1640.